

Educar para la paz a través de una ciudadanía activa

“La educación de la “respuesta” resalta la memorización mecánica de los contenidos. Sólo una educación de la “pregunta” agudiza, estimula y refuerza la curiosidad. Es preciso reinventar el mundo. La educación es indispensable en esta reinvención. Considerarnos como sujetos y objetos de la Historia nos hace seres de la decisión, de la ruptura. Seres éticos”

Paulo Freire

Contribuir a reinventar el mundo desde la educación, tal y como sugirió el pedagogo brasileño Paulo Freire, nos obliga a mirar la sociedad y el mundo. ¿Qué urge reinventar? ¿Dónde debemos y podemos incidir desde una educación transformadora?. ¿Qué impide la instauración de una “cultura de paz”?

Cristina García.

Área de Educación en Solidaridad de Alboan

Somos conscientes de la complejidad de estas cuestiones así que, sin profundizar en todos los aspectos, nos aventuramos a señalar tres aspectos que consideramos característicos de nuestra sociedad.

No es muy exagerado decir que los derechos humanos se van convirtiendo en un paradigma ético global, a pesar de que se cuestionen desde varios frentes, y en muchos lugares y para mucha gente no sean sino papel mojado. En parte, esto se debe al olvido y dejación de los deberes y responsabilidades que generan los derechos de los demás en cada uno de nosotros. Un derecho no es eficaz por sí mismo, sino por la obligación que le corresponde. Esto es especialmente importante cuando hablamos de los derechos de los más débiles.

Por otra parte, la retórica de los derechos se utiliza en ocasiones para defender modos de vida y sociedad que en ningún caso son universalizables a todos los habitantes del planeta. Nos referimos al estilo de vida de las sociedades de consumo, que por razones de sostenibilidad ambiental y de igualdad social, nunca serán alcanzables para la mayoría de la humanidad. Debemos tomar conciencia de que los derechos que no son universalizables no son derechos, son privilegios.

Acompañando al abandono de los “deberes” que generan los derechos de los demás, nos encontramos con que se produce una desafección de los asuntos públicos por parte de los ciudadanos y ciudadanas. Esto responde a varias causas. En primer lugar, vivimos en una cultura de la satisfacción que nos hace replegarnos hacia las esferas más privadas (familia, amigos, trabajo, consumo...), dejando de lado la preocupación por el bien común.

Por otro lado, esta tendencia se ve reforzada por el hecho de que cada vez más las decisiones que afectan a nuestras vidas se toman en espacios lejanos, en los que no tenemos capacidad de participar. Debemos recuperar la conciencia de que somos protagonistas de nuestro mundo y descubrir en nuestro entorno cercano la capacidad para transformar la realidad. La emergencia, paulatina y con sus contradicciones, de un

movimiento social global pero que actúa en lo local, constituye un elemento que demuestra que disponemos de un margen de acción.

Fruto también de estos procesos de conformación de un espacio único mundial, resurge con fuerza la cuestión de la identidad. Todas las personas precisamos tener unas raíces, sentirnos vinculadas a un grupo y reconocernos en unas características. A la vez, también precisamos que esa identidad nos sea reconocida como nuestra forma concreta de ser personas iguales en dignidad. Es en un marco cultural concreto donde adquirimos los elementos básicos que configuran nuestro horizonte de sentido.

Esta identidad, que es compleja y dinámica, y que está formada por múltiples elementos, no puede estar cerrada a las aportaciones de otros grupos y personas. De esta manera, la creciente presencia entre nosotros de culturas diferentes a la nuestra es una gran oportunidad para el enriquecimiento mutuo.

Pero vemos que el encuentro no siempre está exento de conflictos. Y esto no tiene por qué ser negativo.

Propuestas para una nueva ciudadanía

Desde Alboan apostamos por una concepción de ciudadanía capaz de dar respuesta a estos retos. Una educación impulsora de una solidaridad que, como afirma Rafael Díaz Salazar, “pasa de una solidaridad de la demanda a una solidaridad que oferta”. Estas son las claves, que a nuestro parecer, son condiciones necesarias para una cultura de paz:

- Un equilibrio entre derechos y responsabilidades que impida que los derechos se conviertan en retórica vacía. El exclusivo reconocimiento de los derechos, si bien es imprescindible, no garantiza su ejercicio. Precisamos también de responsabilidades que comienzan en cada persona, comprometida con la propia humanidad. Si bien el derecho nos reconoce señores ciudadanos, en la responsabilidad brilla nuestro señorío. Una responsabilidad que no se detiene en estrechos círculos de pertenencia, sino que reconoce en el rostro del lejano congénere humano, en especial del que sufre.
- Propuestas para participar en los asuntos públicos y combatir nuestra restringida esfera de “responsabilidad privada”. Lo público es cosa de todas las personas. No sólo de “los mejores”, de la clase política, de los que “valen” para ello. Abandonar los asuntos públicos al arbitrio de los políticos y el mercado es la mejor forma de dejar caer en manos de partidismos e intereses particulares lo que es importante para todos. Una ciudadanía renovada aspira a participar en la acción y en la toma de decisiones en todos los estratos de la sociedad. Por eso, uno de los signos de su madurez se expresa en la participación libre y voluntaria en asociaciones civiles.

La modernidad trazó un muro de separación entre lo público y lo privado. La democracia liberal hizo de este muro un procedimiento que garantizaría nuestra libertad. Pero la participación social implica introducirse con todo lo que somos (también con nuestras propias motivaciones, privadas sí, pero determinantes de lo que soy) en la arena pública. Si dejamos de un lado la cosmovisión que nos anima y la esperanza que nos empuja, estamos escamoteando a lo público lo mejor de lo que somos.

- Resolver los conflictos con la fuerza de la palabra. La realidad es conflictiva, progresa en medio de roces y discrepancias. Una ciudadanía madura orienta el conflicto hacia el diálogo. Sitúa en medio del distinto sentir la comunicación y la comprensión mutua. Reconoce en la fuerza de la palabra el verdadero poder de los ciudadanos.

Sin duda, esta declaración de intenciones requiere, tal y como hemos afirmado, pasar de la demanda a la oferta, es decir, requiere claves prácticas que posibiliten llevar estos “principios” a la práctica.

No es nuestro objetivo dar “recetas pedagógicas infalibles” sino exponer algunas pautas didácticas para promocionar una ciudadanía activa y responsable:

- Es importante trabajar todos los aspectos de la persona en su totalidad. En lo intelectual, para comprender críticamente la realidad que vivimos; en lo afectivo, para ser capaces de ponernos en la piel del otro y de ser autocríticos; en la acción, para que los aprendizajes sean significativos y se concreten.
- Debe haber un constante camino de ida y vuelta entre lo global y lo local, así como entre lo personal y lo estructural. La construcción de una ciudadanía activa implica ser conscientes de los problemas globales y estructurales tanto como trabajar la autoestima o la asertividad. La acción colectiva sobre lo local, en proyectos que mejoren nuestro entorno, deben incluirse en la propuesta pedagógica: no podemos generar una inquietud de participación sin que haya vías de ponerla en práctica.
- En un proceso educativo de estas características no es difícil que surjan conflictos con el alumnado, o entre el profesorado. Las visiones “de la jugada” pueden ser diferentes entre los y las educadores, y los y las “educandos” pueden no estar habituados a procesos de este tipo. Esto hay que aceptarlo como algo positivo y manejarlo con creatividad, de forma que sea una ocasión para educar en el diálogo, en la aceptación y valoración de puntos de vista diferentes, en la habilidad para utilizar argumentos razonados, en la apertura al cambio de opinión, etc.
- Es importante que se creen climas comprensivos, que faciliten la comunicación. Los educadores deben esforzarse por proteger la divergencia de opiniones. Es importante que no se formulen valores, normas o juicios siguiendo mecanismo de “instrucción”, sino, más bien, potenciar el descubrimiento de los mismos a través del análisis, la reflexión, el diálogo, la acción y la experiencia.
- Es fundamental caer en la cuenta de que el clima y la estructura del centro escolar son agentes educativos de primer orden. Esto nos puede llevar a plantearnos y analizar cuáles son las normas de convivencia del centro, cómo se gestiona la autoridad, qué grado de participación de los diferentes sectores de la comunidad educativa se da, cómo se resuelven los conflictos, etc. para ver si están de acuerdo con los valores que tratamos de transmitir.

La lista de claves didácticas no se agota aquí, ni mucho menos. Estamos convencidas de que se podría ampliar con las experiencias de todos los educadores.